

# LA PEDAGOGIA IGNACIANA AL SERVICIO DE LA MISION LAICAL

—  
José Leonardo Rincón, SJ  
*Rector Colegio S. Ignacio  
Medellín, Colombia  
Presidente FLACSI*

## *Importancia del laicado*

**T**odos(as) hemos nacido y hemos sido bautizados en la Iglesia Católica como laicos. Jesús el “Eterno y Sumo Sacerdote” fue toda su vida un “laico”. Ignacio de Loyola concibió y difundió los Ejercicios Espirituales como laico. Algo tiene que decirnos esto.

En mi particular historia personal me encuentro con que mi vocación al ministerio presbiteral la fui fraguando durante muchos años como laico y si me hice jesuita y sacerdote no fue para ascender de status en la jerarquía de la preconiliar pirámide eclesiástica o para superar una casta supuestamente inferior, sino porque el Espíritu del Señor me llamó a ofrecer un servicio distinto en su Iglesia, igualmente importante que los otros (ni más, ni menos).

La Iglesia primitiva, hasta el año 96, no presentó división entre sacerdotes y laicos. Fue Clemente Romano quien introdujo ese lenguaje analógico inspirándose en la concepción vetero-testamentaria que subsiste hasta hoy. Sin embargo, la concepción que nos presenta el Concilio Vaticano II de la Iglesia como “Pueblo de Dios”, en su constitución dogmática *Lumen Gentium*, pretende volver a las fuentes, recuperar el sentido primitivo y tener una mirada distinta del rol del laico en ella, asunto que lo corrobora también en su constitución pastoral *Gaudium et Spes* y en el decreto *Apostolicam Actuositatem*.

Esa “mirada” o perspectiva conciliar ha sido retomada, además, por los Santos Padres, desde Juan XXIII a Benedicto XVI, en muy diversos documentos de su magisterio, cuando reconocen que éste es el tiempo de los laicos y que su rol dentro de la comunidad eclesial es insustituible. También la Compañía de Jesús en sus Congregaciones Generales le ha concedido una singular importancia, en especial la última, la Congregación General 34, en su decreto 13.

En pocas palabras, la idea es que los laicos no son cristianos de segunda categoría respecto de los clérigos, como se sostuvo por siglos. Sí, en cambio, que son esencialmente importantes. El cuerpo de Cristo como lo es también el cuerpo de la Compañía, reconoce la unidad en la diversidad de carismas y dones, ministerios y misiones. Al fin y al cabo en ese cuerpo desempeñamos funciones distintas, pero como bautizados, todos participamos como “sacerdotes, profetas y reyes” del único y verdadero Sacerdote, Profeta y Rey que es Cristo. La Compañía nos dirá a los que no somos propiamente “laicos” que nos corresponde colaborarles en su “misión de santificar el mundo”, como pidió el mismo Concilio<sup>1</sup>.

### *El “giro copernicano”, todo un desafío*

Para referirse a los laicos en nuestras obras, el lenguaje empleado por los PP. Generales Arrupe y Kolvenbach también ha evolucionado: de “empleados” a “colaboradores” y luego a “compañeros apostólicos”, hasta llegar al mencionado Decreto 13: “Para entender en su verdad lo que la Congregación quiso decir sobre el tema, hay que estar muy atentos al

*de “empleados” a  
“colaboradores” y luego a  
“compañeros apostólicos”*

enfoque de fondo: el reconocimiento de que los laicos tienen su misión propia en la Iglesia y que la Compañía está al servicio de esta misión. No son, pues, los laicos los que están al servicio de la Compañía. Es un giro copernicano. De ahí no nace sumisión, sino “cooperación con los laicos en su misión” (título del decreto de la Congregación) y diversas formas de colaboración de unos con otros”<sup>2</sup>.

La Iglesia de este tercer milenio es la Iglesia del laicado. Por eso, “la Compañía de Jesús reconoce como una gracia de nuestro tiempo y una

esperanza para el futuro el que los laicos ‘tomen parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia en este decisivo momento de la historia’. Deseamos responder a esta gracia poniéndonos al servicio de la plena realización de la misión de los laicos y nos comprometemos a llevarla a buen término cooperando con ellos en la misión”<sup>3</sup>.

“La Compañía de Jesús se pone al servicio de la misión laical ofreciendo lo que somos y hemos recibido: nuestra herencia espiritual y apostólica, nuestros recursos educativos y nuestra amistad. Ofrecemos la espiritualidad ignaciana como un don específico para la animación del ministerio laical... Ofrecemos a los laicos la sabiduría práctica que hemos aprendido a partir de más de cuatro siglos de experiencia apostólica...lo que es más significativo quizá: nos unimos a ellos para ser compañeros: sirviendo juntos, aprendiendo unos de otros, respondiendo a las mutuas preocupaciones e iniciativas y dialogando sobre los objetivos apostólicos.”<sup>4</sup>

El P. General a este respecto afirma: “Pienso que las aportaciones fundamentales que los centros pueden hacer para responder a esta llamada de la Congregación son dos: la formación de los laicos y el acompañamiento en sus responsabilidades y en el discernimiento sobre las mismas... junto con la formación y el acompañamiento, el apoyo a quienes ejercen ya responsabilidades y *la participación efectivas de laicos/as en la gestión y dirección de nuestros mismos centros* son pasos a dar en respuesta a esto reto.”<sup>5</sup>

### ***Aceptar el desafío***

Tenemos, pues, un desafío entre manos. Con no poca razón a este propósito se refería el P. Francisco Ivern, primer presidente de la CPAL: “A menudo, pensamos en los laicos sobre todo en función de nuestras instituciones como “colaboradores cualificados”, todavía más ahora que somos pocos o menos numerosos que antes. Pensamos también en lo mucho que podemos darles, especialmente del tesoro de nuestra espiritualidad ignaciana y, más en particular, de los Ejercicios Espirituales. Pero quizá no estemos tan convencidos de que podemos recibir mucho de ellos...no los consideramos como parte de nosotros, de nuestro ‘cuerpo apostólico’... (tenemos) una visión todavía limitada de la contribución que los laicos nos

puedan prestar y de lo que una verdadera colaboración con ellos en la misión exige.<sup>77</sup>

La experiencia de los Ejercicios Espirituales, en sus más variadas formas, ha contribuido como ninguna otra a que jesuitas y laicos nos sintonicemos empleando un lenguaje común y vibremos juntos con esta espiritualidad que llamamos ignaciana y que es patrimonio no ya de la Compañía de Jesús, sino de la Iglesia toda. En nuestra Provincia colombiana llevamos casi 25 años asumiendo como un auténtico desafío el difundir ampliamente esta experiencia de los Ejercicios Espirituales Acompañados, los Coloquios sobre el ministerio de la enseñanza y la formación explícita en ignacianidad, buscando que nuestros laicos, cada vez más, asuman roles importantes en nuestras instituciones.

Tal ha sido la bondad de los Ejercicios que hay laicos que han asimilado hondamente ese carisma ignaciano, no sé si más, quizás, que muchos de nosotros jesuitas. De ahí que no sea gratuito un interrogante que se nos planteó hace poco: ¿Qué tan ignacianos somos los jesuitas? Ya el P. Kolvenbach en Caracas había hecho esa diferenciación: el ser jesuita alude exclusivamente al vínculo jurídico formal con la Compañía de Jesús, en tanto el ser ignaciano se refiere a la vivencia de una espiritualidad por parte de cualquier ser humano que vibre con ese carisma que el Espíritu de Dios regaló a Ignacio y hoy se comparte con todos.

Pero vayamos a términos prácticos: si este siglo XXI es el siglo del laicado, en una planeación estratégica apostólica de la Compañía de Jesús, se hace preciso replantear los ámbitos en los que los jesuitas debemos empeñar nuestros recursos humanos, espirituales y económicos, lo cual implicará también repensar el sentido de cada una de “nuestras” obras. “Con especial humildad tendremos que redimensionar la magnitud de nuestro apostolado, y en muchos casos, reducirnos a nuestras formas específicas de servicio<sup>8</sup>, para que cada uno cumpla con la misión que le es propia. Es precisamente en este punto donde cobra pleno sentido eso de colaborar con los laicos en su misión.

Nuestros centros educativos, por ejemplo, dejaron de ser llevados mayoritariamente por jesuitas a ser dirigidos por un grupo reducido de jesuitas apoyados por un grupo numeroso de laicos, quienes a la hora de la verdad son quienes llevan el día-a-día de nuestras instituciones, en cuanto son ellos quienes hacen posible que la propuesta educativa de la Compañía de Jesús sea una realidad en las aulas de clase.

Si esto es evidente, hay que tratar entonces de potenciar la Iglesia del laicado como afirma el ya mencionado Decreto 13: "...necesitamos desplazar cada vez más el centro de nuestra atención del ejercicio de nuestro propio apostolado directo a la potenciación del laicado en su misión. El hacerlo requerirá de nosotros habilidad para utilizar los talentos de los laicos, animarles e inspirarles. Nuestra prontitud para afrontar este reto dependerá de la consistencia de nuestro sentido de 'compañeros' y de la renovación de nuestra respuesta a la vocación misionera de Cristo"<sup>9</sup>.

"La emergente 'Iglesia del laicado' repercutirá también en nuestro apostolado... cuando hablamos de 'nuestros apostolados', tendremos que entender por 'nuestro' algo distinto: 'nuestro' deberá significar un auténtico compañerismo ignaciano de laicos y jesuitas, desde el que cada cual actuará de acuerdo con su propia vocación. Los laicos asumirán con todo derecho un papel de mayor responsabilidad y liderazgo en esas obras."<sup>10</sup>

Así las cosas, "dada la importancia que la Iglesia y la Compañía reconocen a la vocación laical, es un desafío trabajar como compañeros apostólicos, jesuitas y laicos, en la común misión educativa"<sup>11</sup>.

Ahora bien, a la hora de confiarle la orientación de una obra a nuestros compañeros apostólicos laicos, no son sólo imaginarios los temores que en verdad se suscitan. El cambio cultural que pretendemos ha tomado, toma y tomará tiempo para solucionar interrogantes asociados a factores como:

- o Credibilidad: ¿Se perderá al no tener la Compañía la dirección directa?
- o Identidad ignaciana: ¿La poseen nuestros laicos?
- o Autonomía: ¿Podrán tenerla igual que un director jesuita o serán directores de segunda?
- o Autoridad: ¿Estará asociada al servicio o al poder y el prestigio?
- o Liderazgo: ¿Es "conditio sine qua non" en el perfil?
- o Clientela: ¿Bajará aún más el número de nuestros estudiantes al marginarse la Compañía de la dirección directa?

Con todo, estas razonables inquietudes no deben ser obstáculo para detener un proceso irreversible, importante y necesario. Es verdad que hay laicos tanto o más cualificados que nosotros. También es verdad que se trata de hacer real el empoderamiento o facultación en nuestras instituciones y es verdad no menos importante el que podemos confiar en ellos y creer en el fruto de lo que hemos sembrado a lo largo de estos años, dada su formación y la asimilación de nuestra espiritualidad.

*Aportes de la pedagogía ignaciana al servicio de la misión de los laicos*

De acuerdo entonces con la importancia de los laicos en la vida de la Iglesia y de la Compañía y aceptado el desafío planteado por la Congregación General 34, lo que se pide aquí es responder a la pregunta sobre ¿Cuál es el aporte que específicamente hace la pedagogía ignaciana a la misión de los laicos?

No voy a entrar en el debate sobre si se puede hablar de “pedagogía ignaciana” o si es mejor hablar de “pedagogía de los jesuitas” porque para mí no tiene sentido poner la disyuntiva, dado que me resulta válido hablar de las dos.

Es verdad que Maestro Ignacio nunca fue profesor. Y es verdad que Ignacio nunca imaginó que en el futuro hablaríamos en términos de “*pedagogía ignaciana*”. Sin embargo, sin proponérselo explícitamente, nos ha legado una rica pedagogía, esto es, un camino para peregrinar juntos por la senda de nuestros apostolados.

Los Ejercicios Espirituales, las Constituciones de la Compañía, su Diario Espiritual y también sus numerosas Cartas son un verdadero e inspirador monumento pedagógico que nos permite hablar del modo ignaciano de educar. Todos estos escritos son la fuente que inspira la que hoy llamamos pedagogía ignaciana. Y la forma como la hemos asimilado y entendido, además de puesto en práctica, ha demostrado con creces por casi cinco siglos que es coherente y produce resultados.

La “*pedagogía de los jesuitas*”, por su parte, es derivación de la pedagogía ignaciana en tanto cuenta con ella como su fuente, pero se enriquece eclécticamente con otras teorías y corrientes y se adapta a tiempos, lugares y personas. La pedagogía jesuítica nace con la Ratio Studiorum (1599) y se prolonga hasta nuestros días con el documento de Características de la Educación de la Compañía de Jesús (1986) y el Paradigma Pedagógico Ignaciano (1993).

Valga decir también que entiendo como más amplia la “*pedagogía ignaciana*” que la “*pedagogía de los jesuitas*”. Me explico: la pedagogía ignaciana puede ser conocida y apropiada sin tener que trabajar en una obra educativa. Más aún, me parece que ha sido un equívoco, un error, agotar la expresión “pedagogía ignaciana” en el documento “Pedagogía Ignaciana, un planteamiento práctico”. Es mucho más que eso, por lo que afirmamos antes.

Decíamos que en los textos ignacianos autógrafos aparecen trazos muy claros de lo que después nosotros hemos asumido como rasgos típicos de nuestra pedagogía. Aquí apenas los insinuaré, sin la pretensión de ser exhaustivos, convencido de que podrá servirle a muchos compañeros apostólicos laicos:

1. *Cuidado de la persona.* Ignacio, en su Autobiografía, se siente llevado de la mano del Señor, “de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole...”<sup>12</sup>. Podríamos decir que hay un Maestro por antonomasia: el Señor. Así las cosas, la relación dialógica, interpersonal y cercana entre el discípulo y su maestro es pilar de nuestra pedagogía. Es la “cura personalis” o el acompañamiento personal. No se puede ser un testigo pasivo y mudo, es necesaria la interlocución, la búsqueda de crecimiento mutuo y el respeto por el ritmo de cada uno. En ese sentido, la persona es el centro del quehacer educativo evangelizador y por eso se habla de una pedagogía personalizada, activa y siempre constructiva. Aquí está el meollo del humanismo ignaciano.

2. *Sentido evangelizador.* El carácter confesional de nuestras obras hace que las consideremos como verdaderos instrumentos apostólicos, esto es, para evangelizar. Se trata, en primera instancia, de buscar el desarrollo humano. En la medida en que la persona sea persona, podrá realizarse y en consecuencia ser feliz, es decir, eso que Dios quiere para todo ser humano.

3. *Discernimiento.* El tener claro cuál es el fin que se persigue y cuáles son los medios que ayudarán a la consecución del objetivo. Hay que “buscar y hallar” la voluntad de Dios, cuál es el sentido de la propia vida, “a dónde voy y a qué”, y esto se logra mediante el discernimiento. Ubicarse en la vida, descubrir la propia vocación y realizarla, es definitivo.

4. *Flexibilidad.* El saber adaptarse a “tiempos, lugares y personas”, alude al carácter de flexibilidad y apertura que se debe tener. Habla también de la necesidad de contextualizarse en la realidad concreta y encarnarse en ella.

5. *Equilibrio.* El buscar siempre una conexión entre teoría y praxis, así como el querer superar la dicotomía entre realidades humanas que aparentemente están polarizadas: pobreza y medios, libertad y obediencia, entre otras.

6. *Sentido de cuerpo.* Se trata de poseer una visión sistémica y corporativa que favorezca la integración y articulación de lo que hacemos,

el trabajo en equipo y la construcción de auténticas comunidades donde se vive la unidad en la diversidad.

7. *Formación integral* del ser humano, “virtud y letras”, “ciencia y virtud”, porque hay que desarrollar armónicamente todas las dimensiones de la persona.

8. *Calidad*. “Non multa sed multum”: no muchas cosas, sino las profundas y fundamentales. “No el mucho saber harta y satisface...sino el sentir y gustar...”. Más que cantidad, calidad!

9. *Contemplación en la acción*. El “encontrar a Dios en todas las cosas y a todas en El” es ser capaces de valorar la belleza de lo creado: personas y cosas en toda su perfección. Es nuclear en la vivencia de nuestra espiritualidad.

10. *Magis*. Dada nuestra realidad de seres humanos, aceptar con sentido realista que se es limitado, frágil, lábil, falible, pero que no se está condenado a quedarse allí sino a trascender mediante el mejoramiento continuo. Ignacio fue un hombre siempre en búsqueda, “hombre de grandes deseos” que no se contentaba con poco. La mediocridad no tenía cabida en su pensamiento. Es el “magis”, la mayor gloria de Dios. Diríamos hoy, la senda del mejoramiento continuo hacia la excelencia. La evaluación y el examen son las ayudas concretas y valiosas para “medir” como va nuestro proceso de calidad.

11. *Minus*. Y cuando se tengan excelentes resultados, cuando haya éxito en lo que hacemos, el “minus”, la humildad. No es la “vana gloria” personal lo que cuenta, es la “mayor gloria de Dios”.

12. *Libertad*. Ser y hacer conscientes el precioso don de la libertad y el manejo que ha de dársele con autonomía y responsabilidad.

13. *Afectos ordenados*. No somos sólo razón, entendimiento, ideas. También somos sentimientos, corazón, afectos y estos hay que educarlos, ordenándolos.

14. *Servicio*. Conseguir estos objetivos no son objetivo personal y egoísta, han de hacerse en comunidad y para su servicio, en particular los más pobres y débiles. De ahí surge el ser para los demás y con los demás.

15. *Uso de medios*. Pre-lección, repetición, aplicación de sentidos, ejercicio de la imaginación son, entre otras, herramientas pedagógicas que no han perdido pertinencia y validez.

De la “*pedagogía de los jesuitas*”, el Paradigma Pedagógico Ignaciano o PPI, como se le ha denominado, sin ser propiamente un método, es un modo nuestro de proceder en educación... mas el educar habrá de

entenderse en sentido amplio: no siempre es ejercer la labor de docencia... educa un padre de familia, educa un jefe de oficina o empresa, educa un jugador de fútbol, educa un artista, esto es, se educa desde muy diversos ministerios o funciones. De ahí que nuestros compañeros apostólicos laicos puedan enriquecerse con nuestra pedagogía: ésa que llamamos ignaciana y también la que llamamos de los jesuitas.

Por eso, antes de hacer el cierre, será necesario hacer una somera y directa presentación del Planteamiento Práctico de nuestra Pedagogía o PPI, con el objeto de intentar visualizar a través de sus cinco momentos la proyección que puede tener para nuestras propias vidas. Dichos "momentos" aunque secuenciales y mutuamente relacionados no son pasos rígidos, ni compartimentos estancos.

1. El *Contexto*, es ese ubicarse de la persona en su vida real, en su ciudad, en su empresa, en su colegio o universidad, en su parroquia, frente a la situación social-económica-política-religiosa y cultural dentro del cual se halla inmerso. Hace recordar la "composición de lugar" ignaciana.

Es un deber conocer el mundo que nos rodea: personas, familia, culturas y subculturas y las realidades que conllevan (sociales, religiosas, políticas, económicas), medios de comunicación social, el arte, la música y otras manifestaciones que nos impactan y afectan nuestras vidas.

2. La *Experiencia*, busca mover a la persona toda (mente, corazón y voluntad) de manera directa o indirecta, con las ayudas que sean necesarias y buscando ser siempre impactante. Nos sintoniza con el "sentir y gustar" de Ignacio.

Así las cosas, tanto la dimensión afectiva como la cognitiva han de quedar integradas, porque si el sentimiento interno no se une al conocimiento intelectual, los aprendizajes no nos moverán a la acción.

### ***La experiencia humana puede ser:***

a) Directa: Es decir, a través de las relaciones interpersonales tales como conversaciones o debates, hallazgos en un laboratorio, trabajos de campo, prácticas de servicio social, actividades de un proyecto pedagógico u otras experiencias semejantes.

b) Indirecta: Dado que la experiencia directa no siempre es posible, con frecuencia se aprende a través de otro tipo de experiencias indirectas como leer un libro o la prensa o escuchar una lectura, por medio de simulaciones y representaciones, usando materiales audiovisuales, a través de la Internet, la radio, la televisión, etc.

3. La *Reflexión* sería una aproximación al “reflexionar para sacar provecho” y el discernir ignacianos. Es ver la razón, los por qué de las cosas, es una invitación a “no tragar entero”, a entender las cosas, a sopesarlas viendo los pros y los contras, a hacer el “insight” propiamente dicho, al saber el por qué de lo que se ha experimentado, hasta llegar a emitir un juicio de valor que nos comprometa y decida a actuar.

Es la reconsideración seria y ponderada de un determinado tema, experiencia, idea, propósito o reacción espontánea, en orden a captar su significado mas profundo. Por lo tanto, la reflexión es el proceso mediante el cual se saca a la superficie el sentido de la experiencia. Entre los procesos de reflexión distinguimos dos operaciones fundamentales: entender y juzgar.

- *Entender*: Es descubrir el significado de la experiencia, esto es, establecer las relaciones entre los datos vistos, oídos, tocados, olfateados, etc. Es el chispazo (eureka) que ilumina lo que se presentaba en penumbras en la percepción sensible. Es lo que permite al sujeto conceptualizar, formular hipótesis, conjeturar, elaborar teorías, dar definiciones.

- *Juzgar*: Es emitir un juicio de valor, verificar la adecuación entre lo entendido y lo experimentado, entre la hipótesis formulada y los datos presentados por los sentidos. La reflexión colectiva da la posibilidad de reforzar, desafiar y estimular a la reconsideración, permitiendo una mayor seguridad en la acción que se va a realizar y la oportunidad de crecer en comunidad.

4. La *Acción*, ese “quid agendum” (qué hay que hacer) es clave, pues como dice el adagio popular, “obras son amores y no buenas razones”, o dicho con Ignacio en la cuarta semana, “el amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras”. Se trata de pasar de la decisión a los hechos, al obrar coherentemente con lo que se piensa.

La reflexión y la acción están unidas indisolublemente en una vida humana comprometida. La acción, sin el servicio desinteresado a los demás, no merece el nombre de compromiso.

5. La *Evaluación*, finalmente, ha de ser integral y no sólo cognitiva. Cualitativa y no sólo cuantitativa: “Non multa, sed multum”, pues “no el mucho saber harta y satisface...”. A modo del “examen” ignaciano, es ver los aciertos y equivocaciones para buscar siempre lo mejor, para funcionar en la dinámica del “magis”, para no contentarse con la mediocridad.

Por evaluación se entiende la revisión de la totalidad del proceso vivido y seguido a lo largo de cada uno de los pasos del paradigma, para verificar y ponderar en qué medida se ha realizado fiel y eficientemente y, por otra parte, en qué grado se han obtenido los objetivos perseguidos, en términos de cambio y transformación personal, institucional y social.

Lo que no se evalúa no se mejora. La evaluación, enseña a buscar resultados, a que las cosas se hagan efectivamente y a que siempre se busque la excelencia. Enseña a hacer las cosas correctamente y bien hechas desde el principio.

#### *Intento de Conclusiones*

- El siglo XXI es el siglo del laicado. Con esperanza hay que ver su accionar desde la Iglesia y hacia el mundo: laicos de Iglesia en el corazón del mundo y laicos del mundo en el corazón de la Iglesia.

- Nuestros compañeros apostólicos laicos tienen su misión propia en la Iglesia y la Compañía de Jesús quiere ponerse al servicio de esa misión.

*compañeros apostólicos laicos  
que tienen su misión propia  
en la Iglesia*

- Las obras de la Compañía son instrumentos apostólicos con sentido evangelizador y dentro de ellas tenemos roles propios que cumplir tanto jesuitas como laicos. Los laicos pueden perfectamente ser directores de ellas.

- Tendremos que saber leer los “signos de los tiempos” para estar atentos a lo que Dios quiere de la Compañía en sus relaciones con los laicos. No dudo que la ya convocada Congregación General 35 dará pasos adelante al respecto.

## LA PEDAGOGIA IGNACIANA Y LA MISION LAICAL

- La espiritualidad ignaciana es el punto de encuentro entre jesuitas y laicos y también el punto de partida hacia una proyección macro al servicio de la Iglesia y para la Mayor Gloria de Dios.

- Tras los textos de San Ignacio de Loyola hay un carisma que se ha convertido en espiritualidad. De esa rica espiritualidad que llamamos ignaciana, se puede derivar una rica y muy pertinente pedagogía para la misión y los ministerios apostólicos que realizamos.

- No hay que confundir la pedagogía ignaciana con la pedagogía de los jesuitas. Aunque están íntimamente relacionadas, el concepto de pedagogía ignaciana en sí, no puede confundirse, ni mucho menos agotarse con algunos escritos empleados por los jesuitas que trabajan en el apostolado educativo.

La pedagogía ignaciana nos habla, entonces, de un modo de proceder cotidiano que puede resultar válido y muy útil para nuestros compañeros laicos, con herramientas prácticas y concretas, íntimamente arraigadas en nuestra espiritualidad y orientadas a cualificar nuestra misión apostólica.

---

<sup>1</sup> LG n.31

<sup>2</sup> De la alocución del P. General en Zaragoza, 10 de Septiembre de 1995: "Séptima propuesta: Tomar muy en serio el servicio a la misión de los laicos en la Iglesia".

<sup>3</sup> CG 34, d.13, n.1

<sup>4</sup> CG 34, d.13, n.7

<sup>5</sup> P. General en Zaragoza. El subrayado es del mismo P. Kolvenbach.

<sup>6</sup> CPAL, sigla que significa Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina

<sup>7</sup> Editorial del P. Francisco Ivern, Presidente de la CPAL, en el boletín virtual de Julio de 2002 [www.cpalsj.org](http://www.cpalsj.org)

<sup>8</sup> Alberto Múnera, S.J. en "Colaboración con los laicos en su misión", Ejes temáticos del Proyecto Apostólico de la Provincia de Colombia, pp. 71-72.

<sup>9</sup> D.13, n.19

<sup>10</sup> D.13, n.20

<sup>11</sup> Desafío 2 del Direccionamiento Estratégico de ACODESI, la red de colegios jesuitas de Colombia.

<sup>12</sup> Autobiografía, 27